

## El Ejército argentino frente a los juicios por crímenes de lesa humanidad<sup>1</sup>

Valentina Salvi<sup>2</sup>

### Resumen

Miles de oficiales de las fuerzas armadas y de seguridad implicados en violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura están siendo condenados o procesados por la justicia federal. Este es un hecho inédito que tiene consecuencias políticas y culturales que aún tienen que ser comprendidas y analizadas. Para entender cómo este nuevo escenario de la memoria repercute en el Ejército Argentino, el presente artículo se propone dar cuenta de las tensiones y conflictos que afectan a sus miembros, esto es, oficiales en actividad y en situación de retiro, autoridades del ejército y familiares y amigos de oficiales asesinados por organizaciones armadas durante la década del 70'. Este reconocimiento diferenciado de las memorias castrenses sobre la represión permitirá no sólo dar cuenta de sus desplazamientos y conflictos sino también identificar de manera cierta cuáles son las continuidades y repeticiones que son parte de una cultura institucional, que si bien vive de la reproducción de sus valores, tradiciones y rituales, está también atravesada por el posicionamiento respecto de lo actuado en el pasado reciente.

**Palabras clave:** Lesa Humanidad – Justicia – Memorias - Ejército

### Abstract

Thousands of military officers involved in human rights violations during the last dictatorship are being judged by federal courts. Undoubtedly, this unprecedented event has political and cultural consequences that need to be understood and analyzed. In order to understand the impact made by this new memory scene on the Argentine army, this paper aims at giving an account of the tensions and conflicts that affect its members: working and retired officers, army authorities, and relatives and friends of military officers killed by the guerrilla in the 70s. This will allow not only to show the way the military officers' memory of the repression has shifted and become contradictory, but also to identify accurately the continuities and repetitions which form part of the institutional culture, which, although it lives on the reproduction of its values, traditions and rituals, it is challenged by its position about the way it behaved in the recent past.

**Keywords:** Crimes against humanity – Justice – Memories - Army

---

<sup>1</sup> Trabajo recibido el 30/4/2011; aceptado el 20/5/2011

<sup>2</sup> Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Estadual de Campinas, Brasil. Investigadora Asistente del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Contacto: valentinasalvi@hotmail.com

## Introducción

A 35 años del golpe de estado de 1976, alrededor de un millar y medio de oficiales de las fuerzas armadas y de seguridad implicados en violaciones a los derechos humanos están haciendo frente a sus responsabilidades penales ante los tribunales federales. Este hecho inédito en América Latina acarrea consecuencias políticas y culturales en el campo de la memoria social sobre el pasado reciente en nuestro país que deben aún ser analizadas y comprendidas. Sin duda, la pena de prisión efectiva, así como el procesamiento a oficiales retirados del ejército por delitos de lesa humanidad, se lleva a cabo hoy en un clima castrense distinto a aquel que desató la primera rebelión carapintada en abril de 1987<sup>3</sup> y que provocó la promulgación de la ley de Obediencia Debida.<sup>4</sup> A diferencia de aquellos años, la reacción más comprometida entre quienes buscan defender a los militares y civiles acusados por delitos de lesa humanidad es la conformación de nuevo actor de la memoria que podría ser emparentado, a pesar de sus marcadas diferencias en cuanto a los modos de su actuación pública, con su antecesor *Familiares y Amigos de Muertos por la Subversión* (FAMUS).<sup>5</sup> Luego de la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final<sup>6</sup>, las agrupa-

---

<sup>3</sup> Entre el 15 y el 19 de abril de 1987 se desencadenó «la rebelión de Semana Santa» –llamada así por su coincidencia con la Pascua– al mando del teniente coronel del ejército Aldo Rico. Los rebeldes, conocidos como «carapintadas» porque se pintaban sus caras con betún para diferenciarse por su condición de oficiales combatientes de los generales considerados «carablanas» o militares de escritorio, eran en su mayoría oficiales inculcados por violaciones a los derechos humanos, pero también había oficiales de unidades de Infantería y de la «compañía de comandos» de Campo de Mayo. La rebelión recibió el nombre de «Operativo Dignidad» y su principal demanda era evitar que fueran juzgados «más camaradas detenidos y escarnecidos sólo por haber combatido y triunfado en una guerra justa y necesaria, gracias a la cual el actual régimen tiene cabida» (Verbitbsky, 1987: 164).

<sup>4</sup> Con la ley de Punto Final se buscó poner una fecha tope –sesenta días después de la publicación de la ley, cuya aprobación fue el 23 de diciembre de 1986– para que las Cámaras Federales pudiesen tomar declaración indagatoria a los acusados. Pero la ley tuvo un efecto inesperado ya que se produjo una avalancha de procesamientos en todo el país. La ley de Obediencia Debida, aprobada el 13 de mayo de 1987, cerró de manera definitiva todos los procesamientos.

<sup>5</sup> En clara confrontación con el trabajo de investigación de la CONADEP y el Juicio a las Juntas Militares, la actividad política de FAMUS se concentró en las misas mensuales de recordación a los civiles y militares «muertos por la subversión» con el propósito de mejorar la imagen pública de las fuerzas armadas y relativizar el prestigio social de las Madres de Plaza de Mayo. Su discurso se caracterizó por un estilo belicoso hacia las organizaciones de derechos humanos y un tono marcadamente reivindicativo de lo actuado por los generales de la dictadura en la llamada «lucha contra la subversión».

<sup>6</sup> En junio de 2005, la Corte Suprema de la Nación declaró la inconstitucional de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final avalando, con ello, la ley 25.779 mediante la cual el congreso había anulado las normas de impunidad en 2003.

ciones de civiles y militares retirados que levantan la consigna de «Memoria Completa» se desplazaron de los círculos militares hacia la esfera pública con el fin de divulgar su versión del pasado, cuestionar el discurso de los organismos de derechos humanos y mostrar sus reivindicaciones y demandas ante la sociedad civil.<sup>7</sup>

Sin embargo, la actuación pública de las agrupaciones de «Memoria Completa» no se explica exclusivamente por la reactivación de los juicios a oficiales acusados de crímenes de lesa humanidad. De allí que cabe preguntarse, si durante tres décadas los carriles para encarar los conflictos políticos sobre el pasado reciente fueron las demandas corporativas de las instituciones armadas hacia el Estado, ¿qué ocurre hoy al interior del ejército?, ¿cómo es la relación entre los oficiales retirados y los cuadros en actividad?, ¿cuál es el posicionamiento institucional de la conducción de la fuerza?, ¿los grupos que defienden a los oficiales procesados y condenados por delitos de lesa humanidad han perdido, acaso, este espacio institucional y, por ello, buscan ampliar su espectro social de apoyo? Para comprender este nuevo y complejo escenario, el presente artículo se propone dar cuenta de las tensiones y conflictos que afectan al Ejército Argentino en su conjunto para conocer no sólo los cambios y transformaciones que ocurrieron con el relevo generacionales de los cuadros, sino también identificar de manera cierta las continuidades y repeticiones que son parte de una cultura institucional, que si bien vive de la reproducción de sus valores, tradiciones y rituales, está también atravesada por el posicionamiento respecto de lo actuado en el pasado reciente.

A 35 años del golpe de estado de 1976, resulta pues un desafío para las ciencias sociales abocadas al estudio de la memoria de la dictadura volver críticamente sobre el marco de interpretación que tiende a fijar a las fuerzas armadas en el pasado estableciendo una línea de continuidad entre acciones cometidas y las pautas de comportamiento en el presente y hacia el futuro (Palermo, 2004: 176). Semejante peso atribuido al pasado impide ver cuáles son los elementos culturales, sociales y políticos que los militares comparten y se apropian de otros grupos sociales. En tal sentido, para atender a la articulación entre pasado y presente, este trabajo busca indagar en los modos diversos de elaboración del pasado por parte de la conducción de ejército a cargo del general Roberto Bendini (2003-2008), de la generación de oficiales que fue contemporánea de los hechos, hoy en situación de retiro y de las nuevas generaciones de oficiales del Ejército Argentino, para identificar el vínculo que establecen con las agrupaciones de familiares y civiles que levantan la consigna de «Memoria Completa». Para lo cual, resulta necesario tomar distancia de las interpretaciones que abordan los temas militares utilizando como fuente exclusiva documentos escritos o

---

<sup>7</sup> La consigna «Memoria Completa», hecha pública por el ex – jefe del ejército general Brinzoni, sostiene que la memoria social sobre la década del 70' es una memoria «parcial», es decir, que la memoria construida en torno a la figura de los desaparecidos es una «memoria injusta» puesto que excluye de su relato a los civiles y militares muertos por las organizaciones armadas (Salvi, 2010).

declaraciones públicas de las autoridades puesto que sólo dan cuenta de la visión del pasado que la institución muestra públicamente desconociendo la tensión entre esta faceta pública y la posición diferenciada de los cuadros, así como de las perspectivas que tienden a deducir el pensamiento de los cuadros en actividad a partir de algún episodio público que tenga como protagonista a los oficiales retirados o los grupos civiles cercanos a estos.

### **Un deber de memoria.**

La evocación del pasado reciente a partir de la figura de los oficiales asesinados por las organizaciones armadas durante la década del 70' constituye el marco narrativo desde el cual todos los miembros del Ejército Argentino –cadetes (Badaró, 2009a), oficiales en actividad y en situación de retirado, autoridades y agrupaciones de familiares y civiles agrupados tras la consigna de «Memoria Completa»– interpretan el pasado y se posicionan en el escenario de la memoria. La identificación de toda la «familia castrense» con la figura de las «víctimas militares» implica un proceso de reelaboración de la memoria militar que se produce tardíamente, a mediados de la década del 90, y guarda relación con la memoria de los desaparecidos y la lucha de los organismos de derechos humanos. Los oficiales retirados reunidos en el *Círculo Militar*<sup>8</sup> y en el *Foro de Oficiales Retirados*<sup>9</sup> fueron los principales promotores de este giro hacia la memoria de las «víctimas militares». Las declaraciones públicas del capitán Adolfo Scilingo y del ex-suboficial del ejército Víctor Ibáñez que contaban como se arrojaron personas vivas al mar, así como el mensaje del jefe del ejército, general Martín Balza, que reconocía la tortura y la desaparición de personas perpetradas por oficiales de la fuerza, dejaba a los oficiales sin *chance* de presentarse ante la opinión pública como los «salvadores de la patria de la amenaza marxista» o como los «vencedores de una guerra justa contra el enemigo subversivo» (Badaró, 2009a: 311). El ex-jefe del II cuerpo de ejército y ministro de planeamiento del régimen militar, el general de división (RE) Ramón Díaz Bessone, quien fue presidente del *Círculo Militar* entre 1994 y 2002, se convirtió en el principal emprendedor de la memoria de la «víctimas militares» con la publicación del libro *In Memoriam* en 1998. Este libro «homenaje» se ocupa de describir las circunstancias en que perdieron la vida los hombres del ejército y sus familiares. En sus páginas, la narración se concentra en la violencia sufrida por las instituciones armadas antes del golpe de estado del 24 de marzo de 1976, ocultando la violencia cometida durante la represión ilegal.

---

<sup>8</sup> El *Círculo Militar* es un Club Militar que se creó hacia 1880 con el fin de estrechar lazos de solidaridad entre los oficiales. Adoptó la figura de «Asociación Civil con Personería Jurídica» y se estima que el 60 % de los oficiales retirados y en actividad son socios, pero cuenta también con muchas civiles entre sus asociados (Balza, 2001: 207).

<sup>9</sup> Se formó el 4 de diciembre de 1996 como un grupo de presión contra la conducción del general Martín Balza, con alrededor de 200 miembros.

Por una parte, la narrativa sobre los «muertos por la subversión» no es nueva, tiene su soporte estructurante en la actividad propagandista de apoyo al régimen militar entre 1976 y 1979 (Lorenz, 2005), en la actuación pública la *Liga Argentina de Víctimas del Terrorismo* contra la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y el Premio Nobel de La Paz Pérez Esquivel y en las misas convocadas por FAMUS durante los primeros años de democracia a propósito de las causas judiciales a ex-represores y del informe sobre la desaparición de personas de la CONADEP. Por otra parte, la figura de las «víctimas militares» se ha construido de manera especular y reactiva con la figura del detenido-desaparecido. Lo que permite contraponer y rivalizar las «víctimas militares» con las «víctimas civiles del terrorismo de estado», disputar con los organismos de derechos humanos el sentido sobre el pasado reciente y ampliar la legitimidad de un discurso que está fuertemente desprestigiado entre la opinión pública. En suma, este giro hacia la memoria de las víctimas puede ser entendido como síntoma de una época en la que, por un lado, el culto al heroísmo triunfante pierde terreno frente al reconocimiento colectivo del trauma vivido por las víctimas (Gissen, 2001: 16), y por otro lado, la fundación de la identidad colectiva en un hecho traumático representa una base suficiente para impulsar reclamos y disputar sentidos en el espacio público (LaCapra, 1998: 15).

Hacia el interior de la «familia castrense», la evocación del accionar del ejército durante la represión a partir de la figura de las «víctimas militares» permite construir una imagen virtuosa, sacralizada y pasiva de la institución y de sus cuadros. El mayor Argentino del Valle Larrabure y el teniente coronel Jorge Ibarzábal, quienes luego de los ataques a la fábrica militar de Villa María y al regimiento de Azul respectivamente, y tras pasar meses secuestrados, según los relatos militares, fueron asesinados, se han convertido en los mártires de la llamada «lucha contra subversión» puesto que pueden ser presentados como oficiales sin ambigüedades políticas y morales.

El recuerdo de las «víctimas militares» permite no sólo eludir la proscripción que pesa sobre el discurso militar sino también mantener una continuidad narrativa que ayude a reforzar la auto-valoración del ejército como una comunidad moral capaz de lidiar con el pasado de cara a las nuevas generaciones. De modo tal que la memoria deja de ser una categoría exclusiva de los organismos de derechos humanos para convertirse también en una categoría nativa de lo/as oficiales (Jelin; 2002: 17), bajo la forma de un «deber de memoria». En otras palabras, concentrarse en la figura de los «oficiales caídos» antes del golpe de estado del 24 de marzo de 1976 permite construir una periodización que destierra del horizonte de la memoria a los hechos y a los oficiales que lo llevaron a cabo. De este modo, los distintos actores que componen la comunidad castrense borran de una memoria que se pretende edificante a los generales de las Juntas Militares que presidieron el Proceso de Reorganización Nacional.

### **La desinstitucionalización de la memoria de la «lucha contra la subversión».**

Si bien el recuerdo de los camaradas muertos continúa siendo el relato central a través del cual el ejército rememora la década del 70', sin embargo, a partir de la conducción del general Roberto Bendini se produjo no sólo una pérdida de centralidad de las conmemoraciones a los ataques a las guarniciones militares sino también un cambio en el modo de narrar y dar sentido a ese relato hegemónico. Ciertamente, estos actos conmemorativos fueron perdiendo progresivamente la centralidad que habían adquirido durante la conducción del ex – jefe del ejército, el general Ricardo Brinzoni (1999-2003). A los aniversarios de los ataques al Regimiento 29 de Infantería de Monte de Formosa, al Regimiento de Tiradores Blindados de Azul y al Batallón de arsenales 601 Domingo Viejobueno no sólo dejaron de concurrir autoridades del Estado Mayor General del Ejército sino que en los mensajes –enviados por las autoridades para ser leídos en los actos – se muestra una pérdida progresiva de la especificidad de los hechos políticos y militares que enmarcan estos acontecimientos en la memoria de la fuerza.

Tal como plantea Badaró (2009b), el año 2004 marcó un punto de inflexión al respecto. Esta pérdida de especificidad en los relatos políticos y militares quedó plasmada en las placas, mármoles e inscripciones que exhiben la memoria oficial del ejército: en un mármol del hall de entrada del Edificio Libertador, sede del Ministerio de Defensa y del Estado Mayor General de Ejército, donde se leí «Murieron en la lucha contra la subversión», ahora se lee «Murieron para que la patria viva»; en el link «In Memoriam» de la página web del Ejército Argentino se titulaba a la lista de oficiales como «Caídos en la lucha contra la subversión», hoy está encabezado por la frase «Caídos en los enfrentamientos internos de las década del 1970 y 1980»; y entre las nombres escritos en bronce destinadas a recordar los «combates y batallas» en el «Hall de las Glorias del Ejército» en el Colegio Militar de la Nación donde decía «Lucha contra la subversión» hoy dice «Enfrentamientos internos».

Ciertamente, lo que se produjo fue un cambio en el modo de enmarcar narrativamente y políticamente el pasado de la institución. Tomando distancia de los relatos institucionales de la conducción anterior que contenían elementos de reivindicativos de lo actuado por el ejército en la «lucha contra la subversión» a través de la figura de los oficiales «muertos por la subversión», la memoria oficial del ejército continuó recordando a los oficiales que murieron en los ataques a guarniciones militares pero se fue diluyendo la identificación de la «subversión» como principal responsable de la violencia en la figura mas inespecífica de los «enfrentamientos internos». De igual modo, en los discursos alusivos en los aniversarios, el general Bendini habla de «lucha por la libertad», «víctimas de violencia», de «mártires de la democracia» o de «pasado triste» para referirse a hombres y acontecimientos que fueron objeto de definiciones mas marcadamente políticas por conducciones anteriores. A cambio de este retraimiento de la memoria del pasado reciente, el ejército comenzó a valorar figuras y acontecimientos de su historia que le devuelven a la institución un

rol estratégico en el desarrollo nacional. Las figuras de los generales Manuel Savio, Enrique Mosconi, Benjamín Matienzo, Hernán Pujato e, incluso, Juan Domingo Perón, son revalorizadas para destacar el papel protagónico del ejército en el desarrollo científico, tecnológico y productivo de la nación. Desde 2003, la institución ha buscado proveer a los cuadros de nuevos símbolos y lenguajes para enmarcar no sólo sus memorias sino para enraizar la agencia histórica de la fuerza pretendiendo reconstruir su lazo con la nación a precio de resignar el recuerdo de la «lucha contra la subversión».

Más allá de su peso simbólico, el acto de descuelgue de los cuadros de los ex – comandantes de las juntas militares de la última dictadura, Jorge Videla y Reinaldo Bignone, ordenado por el presidente de la nación, Néstor Kirchner, el 24 de marzo de 2004, muestra el alineamiento del jefe del ejército a la política de memoria del gobierno nacional.<sup>10</sup> A diferencia del anterior gobierno de Fernando De la Rúa, que fue más permeable a reconocer y aceptar los intereses y posiciones castrenses sobre el pasado reciente, el gobierno de Néstor Kirchner ha sido menos proclive a las demandas corporativas. El alineamiento y subordinación de la conducción castrense a la política de memoria y derechos humanos del gobierno nacional se expresó, por un lado, en las sanciones que en diversas circunstancias fueron aplicadas por el Estado Mayor del Ejército a oficiales en situación de retiro y en actividad que hicieron declaraciones públicas que ponían de algún modo en cuestión esta política de memoria<sup>11</sup>; y por otro lado, en la decisión de no resistirse a la acción de la justicia en caso de delitos de lesa humanidad.

El posicionamiento del Ejército Argentina frente al inicio de los juicios por crímenes de lesa humanidad, el desplazamiento y despolitización de la narrativa y de las prácticas que evocan el pasado reciente de la institución y las sanciones disciplinarias aplicados a oficiales en retiro y actividad que reivindican públicamente la «lucha contra la subversión» cuestionando la política de memoria del gobierno nacional,

---

<sup>10</sup> Esta política se expresa en la decisión de llevar a delante los juicios por crímenes de lesa humanidad a los responsables por el terrorismo de estado, en el vínculo con los organismos de derechos humanos especialmente Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, en la reivindicación de la militancia de los años 70' como muestra el nuevo prólogo del Nunca Más (Crenzel, 2008) y en la creación de Espacios de Memoria en lugares emblemáticos del terrorismo de estado como la Escuela de Mecánica de la Armada, entre otros.

<sup>11</sup> En abril de 2005, el general Bendini impuso una sanción disciplinaria de 20 días de arresto al mayor Rafael Mercado por las críticas contra el presidente Néstor Kirchner formuladas por su esposa, Cecilia Pando, mediante cartas públicas. En junio del mismo año, el teniente coronel Roberto Vega recibió 15 días de arresto y el general Ricardo Sarobe, que estaba presente en la ceremonia, 5 días por no sancionar en ese momento a su oficial subalterno que había hecho una reivindicación pública de la «lucha contra la subversión». En mayo de 2006 fueron sancionados con 40 días de arresto, y su posterior bajo, los cinco oficiales en actividad que asistieron con uniforme al «acto de homenaje a los muertos por la subversión» realizado en Plaza San Martín.



muestran el nuevo lugar que la conducción del general Bendini buscó atribuirle al pasado reciente en la memoria oficial de la fuerza. Esta estrategia de desvincular al ejército actual del ejército del pasado es percibida por las autoridades como una posibilidad de recuperar los lazos con la sociedad civil y de aumentar el prestigio institucional perdido, así como es valorada como una estrategia más bien pragmática para establecer una corte generacional entre los cuadros directamente vinculados a la represión ilegal y las nuevas generaciones de oficiales.

### **La memoria de los «combatientes».**

En un contexto político de transformación institucional de la profesión militar<sup>12</sup>, la evocación de la «lucha contra la subversión» se inscribe, para los oficiales retirados que fueron contemporáneos de la represión, en un debate más amplio sobre los valores legítimos que deben conformar la identidad militar. Por ello, la narrativa sobre la actuación del ejército en la represión se presenta, entre los oficiales retirados, cargando un conjunto de sentidos que deben garantizar la reproducción de la moral militar frente a la amenaza de desnaturalización de la profesión. O a la inversa, la preservación de ciertos valores militares asegura la interpretación de su desempeño en la «lucha contra la subversión» como ejemplar y su evocación como un legado edificante para la identidad militar.

Pero, ahora bien, ¿cuáles son los modelos militares que la memoria de la «lucha contra la subversión» promovida por los cuadros en situación de retiro ofrece a las nuevas generaciones de oficiales? Desde su temprano ingreso al Colegio Militar de la Nación, los futuros oficiales son socializados en tradiciones militares enraizadas en valores como la lealtad, la abnegación, la resistencia, la entrega y el sacrificio. Ser militar exige mucho más que adscribir a dichos valores morales sino que estos son inscriptos en el cuerpo y en la subjetividad de los oficiales (Badaró, 2009a). Entre ellos, el más relevante es el sacrificio puesto que está asociado a la figura del «combatiente» que debe «luchar hasta dejar la vida». Se trata de un valor moral fundamental en la construcción de la moral militar como diferenciada de la vida civil.

Para los cuadros en situación de retiro, el sacrificio representa un valor extraordinario que funciona como un acto ordinario, es decir, que resulta común y esperable «dejar todo por el ejército». Sacrificarse es, pues, identificarse plenamente, primero, con la institución castrense, luego, con la profesión militar y, por último, con el «combate». Como valor moral, el sacrificio es la materia significativa a través de la cual la identidad colectiva se encarna en sentimientos, preferencias y elecciones subjetiva-

---

<sup>12</sup> Desde 1994 se vienen produciendo cambios importantes en la vida institucional del ejército y de las Fuerzas Armadas: abolición del servicio militar obligatorio, reforma del sistema educativo de las Colegio Militar de la Nación, ingreso de mujeres a la carrera de oficial de cuerpo comando y derogación del código de justicia militar.



mente vivenciadas y colectivamente aceptados y estimulados. Entre la generación de oficiales retirados comprometidos con el recuerdo de la «lucha contra la subversión», el sacrificio se presenta como algo más que una figura retórica, sino que encarna elecciones, preferencias y deseos al punto que la dimensión personal-afectivo del sujeto y la dimensión militar-moral del oficial se superponen y complementan (Badaró, 2009a), allí donde la identidad militar se constituye en la figura del «combatiente». Veamos esto en palabras de un oficial retirado que participó en el Operativo Independencia en Tucumán,

«Yo quise ser militar porque quería entrar en combate, porque tenía la vocación de entrar en combate, de combatir. Así como en la Edad Media, un tipo se ponía un yelmo, una espada y era un caballero porque quería ir a combatir. Yo soy militar porque quería entrar en combate y logré entrar. Era lo máximo que quería.»

En la identificación de los oficiales retirados con la figura del «combatiente», el carácter normativo del sacrificio se vivencia subjetivamente como una virtud personal. Solo en un terreno afectivo donde la sensación de obligación parece perder su carácter meramente coercitivo, es posible que surja el heroísmo moral del sacrificio como un comportamiento individual y colectivamente posible. Así lo expresa un teniente coronel (r):

«No por reglamento, sino por convicción, por alma, porque por ahí puede ocurrir que alguien sea de intendencia y en determinadas circunstancias esté tan metido, tan enfrascado en la lucha, que es un combatiente aunque no le toque empuñar un fusil, está comprometido con la lucha, se siente parte de la lucha, de cuerpo y alma.»

En la memoria de los oficiales retirados, el sacrificio asociado a la figura del «combatiente» es el modo legítimo de ser oficial, más aún cuando se trata de una época en la que «lo militar», sus valores y tradiciones, se consideran amenazadas. Esta tensión entre los oficiales de ayer y el ejército de hoy refuerza la auto-imagen de los oficiales retirados como militares plenos, legítimos, militares «que no dejan caer sus banderas y si caen tendrán que caer con ellas», en tanto actúan y se reconocen como «hombres de acción», como «combatientes». La identidad militar aparece, desde esta perspectiva, más resguarda por los oficiales retirados que por la misma institución y sus autoridades. Al punto que los oficiales retirados se reconocen como parte de una generación que, además de tener un pasado en común, se sienten no «respetados ni reconocidos en la lucha» ni por el ejército ni por la sociedad. «Hoy, no hay ningún respeto por una generación que vivió dos guerras», afirmaba un ex – teniente coronel. Frente a la crisis de valores y de costumbres que estaría atravesando el ejército, los oficiales retirados presentan a la «lucha contra la subversión» como una fuente de valores institucionales.

«Pero la lucha contra la subversión es importante porque al cadete en el Colegio Militar hay que darle algo, hay que imprimirle carácter, orgullo de ser militar. La última fue la guerra contra Paraguay, fue en el siglo pasado y la campaña al desierto fue un ejército en campaña no en guerra.»

En un contexto en el que el ejército está obligado a posicionarse frente a los debates que la sociedad mantiene sobre las violentas experiencias del pasado y a gestionar su propia transformación institucional, la evocación de la «lucha contra la subversión» por parte de los oficiales retirados refuerza una lógica identitaria que actualiza el compromiso con el combate, invocando una legitimidad de tipo heroica para los «combatientes» y exigiendo un reconocimiento social e institucional. Los oficiales retirados buscan mantener una imagen de sí coherente y emparentada a una figura ejemplar del «oficial-combatiente», bañada de cierto manto de heroicidad, pero presentado también la actuación del ejército como una acción eficiente, patriótica y victoriosa.

### **El pasado que no pasa.**

Para las generaciones más jóvenes de oficiales del ejército, el pasado es un peso que «está permanentemente», que no pasó sino que continúa pasando y, que incluso, se impone y se presenta más allá de la voluntad de quienes lo tienen hoy que enfrentar. El pasado de violencia y autoritarismo adviene bajo la forma de una aficción, de un *pathos*, mostrando que sus efectos actúan independientemente de la voluntad, de la agencia, de la conciencia o de la estrategia de los actores (Jelin, 2002: 14). Así lo expresa el doble sentido negativo que tiene la palabra *karma* en el lenguaje coloquial, como algo que se repite y reitera pero también que se carga y pesa produciendo padecimientos en palabras de un coronel:

«Otra generación tomó las decisiones, pero nos abarca porque nos pasaron el problema. Por eso estamos hoy con el problema (...) es un *karma*. Ahí está permanentemente. Es de otras generaciones y mi generación nos tocó vivir todo esto. Pero bueno. Las nuevas generaciones lo reciben como un peso».

Asimismo, el pasado autoritario y violento del ejército se presenta en la vida cotidiana de los/as oficiales como un «estigma», según palabras de un teniente coronel en actividad, que se hace visible junto al uniforme. Andar de uniforme por la ciudad, se trate del uniforme de calle –pantalón o pollera, camisa color caqui y chaquetilla verde oliva- o el equipo de gimnasia que lleva la inscripción «Ejército Argentino» en la parte delantera del buzo, implica para quienes los portan una fuente de conflictos. En el imaginario de lo/as oficiales, la calle representa el terreno en el cual se materializa cotidianamente la relación entre el ejército y la sociedad, entre civiles y militares, entre el «adentro militar» y el «afuera no-militar» convirtiéndose también

en el escenario de posibles confrontaciones y luchas por la memoria. El hecho que lo/as oficiales eviten andar con uniforme por la ciudad o en el transporte público, o sólo lo hacen por lugares que resultan conocidos y familiares, muestra no sólo que buscan eludir la visibilización de su condición militar y los conflictos que ella puede desatar sino también que el espacio público no ha sido el vehículo a través del cual los sectores militares han encarado las cuentas con el pasado. El espacio urbano y las experiencias que allí se puedan producir representan para lo/as uniformados el barómetro que permite testear no sólo la relación con la sociedad sino también la imagen que esta les devuelve. De modo tal que la ciudad se convierte en el escenario en el cual se materializan cotidianamente las «relaciones cívico-militares».

Como muestra Celso Castro (2009: 25) sobre la socialización de los cadetes del ejército brasilero, la identidad militar se construye a partir de la oposición entre dos mundos: el «civil» y el «militar», el mundo de «adentro» y el mundo de «afuera». Esta concepción de tipo binaria determina no sólo la percepción que lo/as militares tienen de sí mismos y del «adentro militar» sino que se proyecta sobre la vida del «afuera no militar». De modo tal que el mundo «no militar» resulta a su vez organizado en dos grupos excluyentes: «amigos del ejército» o «enemigos del ejército». En las grandes ciudades, como Buenos Aires, los relatos de lo/as oficiales tienden a describir un escenario de hostilidades en el que se «denigra» y «discrimina» al ejército. En sus recorridos, viajes u experiencias por la ciudad de Buenos Aires, lo/as oficiales se ven expuestos al carácter conflictivo de las memorias del pasado que buscan normalizar y controlar, tal como lo muestra el relato de un joven teniente: .

«Nosotros salimos con este uniforme a correr. Yo con 28 años que ni siquiera estaba en la época del 76, me han gritado represor. Un día lo agarré a uno y le dije, ¿pero vos sabés que edad tengo yo? Ni siquiera nos alejamos mucho, en Puerto Madero, salimos a correr. Y peor, una chica le dice a la otra «no lo miras fijo haber si te va a hacer desaparecer». Yo no lo podía creer, yo lo frené al pibe, cuando me dice represor, no sé qué, ¿vos sabés que edad tengo, flaco? Vení vamos a hablar bien, de igual a igual, no tengas miedo ni tampoco te envalentonés, hablemos de igual a igual. ¿Sabés que edad tengo? Yo tengo 28 años, yo ni existía en la época que pasó todo esto. No tienen porqué pagar las generaciones nuevas por lo que pasó antes, es así.»

Por último, el pasado represivo vuelve sobre las nuevas generaciones de oficiales del ejército conformando un peculiar horizonte de expectativas. La temporalidad de la memoria militar no se reduce a las interacciones entre pasado y presente sino que se proyecta y se prolonga también hacia el futuro. Las expectativas son el futuro hecho presente, apuntan al todavía-no, a lo no-experimentado aún que vive en el presente (Koselleck: 1993). En la narrativa de lo/as oficiales, el porvenir incorpora al pasado en el presente como una fuente de incertidumbres que los lleva tanto a interrogarse sobre el destino de las instituciones como a buscar los modos de controlar los efectos del pasado y tornarlos previsibles para construir un futuro deseado. En

efecto, como fuente de incertidumbres, el futuro se vuelve una preocupación de la memoria y el terreno de acciones estratégicas orientadas a controlar los efectos del recuerdo, pero como futuro deseado se constituye en un horizonte para ejercer la crítica de las estrategias implementadas por la institución castrense hasta el presente.

«No le podemos pasar el paquete a las nuevas generaciones, esta generación lo tiene que tener terminado. El bicentenario pasa con el paquete cerrado, no podemos estar 50 años con este tema. Y ya pasaron 30 y pico, por eso no podemos. Hay cosas importantes a que dedicarse.»

Pues bien, es en este complejo escenario en el que la persistencia del pasado es percibida como un *karma*, las relaciones con la sociedad están determinadas por las cuentas pendientes e, incluso, el futuro se presenta como un horizonte de incertidumbres, donde la figura «combatiente» que identifica a la generación de oficiales retirados no provee significaciones, referentes y pautas para la acción en el presente ni hacia el futuro. Si los cuadros en actividad establecen una continuidad narrativa con la llamada «época de la subversión» recordando los asesinatos, secuestros y atentados cometidos por las organizaciones armadas, es porque se distancian del discurso triunfalista y patriótico que circula de manera informal entre los oficiales retirados. Ciertamente, los cuadros en actividad no sólo no reivindican lo actuado por el ejército durante la represión sino que suelen tomar distancia del prototipo de «oficial-combatiente» de la «lucha contra la subversión» con el que temen ser identificados. Además, lo/as oficiales en actividad no reproducen el discurso denegatorio de la existencia de desaparecidos, aunque de ningún modo esto equivale a aceptar el Terrorismo de Estado, es decir, la desaparición sistemática de personas. Desde la perspectiva de lo/as oficiales en actividad, las desapariciones se explican por las «macanas» o «errores» que cometieron las generaciones anteriores que tomaron «decisiones equivocadas». Lo que muestra también el peso que aún tiene la teoría de los «errores» y de los «excesos» planteada por Videla en 1977 para minimizar el carácter sistemático de la masacre. A pesar de que este distanciamiento no se apoya en una explicación homogénea que funcione como crítica a las tradiciones que hicieron posible la criminalización de la fuerza, permite diferenciarse de las generaciones anteriores calificándolas de «cerrados», «separados de la sociedad», «basados en intereses personales» o que «usaron metodología aberrante» y que «son una mancha terrible», como reiteradamente escuché en las entrevistas.

Preocupados por la necesidad pragmática de «recuperar un lugar en la sociedad» -según afirmaciones de un teniente coronel, lo/as oficiales en actividad no parecen estar dispuestos a poner en juego sus carreras profesionales, como lo hicieron los carapintadas en 1987, para evitar corporativamente que sus camaradas de armas enfrenten los juicios por delitos de lesa humanidad en los tribunales federales. A diferencia de los oficiales retirados, los cuadros en actividad no asocian la justicia a la venganza, aunque tampoco tienen el sentido de reparación de un daño, sino que la actuación

de la justicia representa una posibilidad de «cerrar el pasado», de que «pase cerrado a las nuevas generaciones», como afirma un teniente coronel:

«Hay cosas importantes a que dedicarse. Esto sí es un tema delicado con heridas abiertas pero es un tema que hay que cerrarlo dentro de la justicia. Como se está cerrando. ¿No crees que se está cerrando dentro de la justicia?»

Esta postura pragmática orientada a cerrar el pasado y mirar hacia el futuro y la indiferencia respecto del destino de los oficiales procesados resulta posible porque la identificación con la generación anterior, es decir, el «nosotros» intergeneracional está bien garantizado por el recuerdo de los oficiales muertos en la década del 70'. Esta identificación las «víctimas militares» produce un efecto de victimización como imagen de sí. En la perspectiva de lo/as oficiales se superponen el escaso reconocimiento social que tienen los oficiales asesinados por las organizaciones armadas con el desprestigio que acompaña a las Fuerzas Armadas desde la derrota en la Guerra de Malvinas y con la «discriminación» e «incomprensión» que vive el ejército en su relación con la sociedad civil. Y de este modo, la victimización se convierte en marco de interpretación a partir del cual las nuevas generaciones de oficiales explican el pasado y dan sentido al presente, obliterando las responsabilidades políticas que se derivan de la actuación del ejército como victimario en la represión ilegal.

## Palabras finales

Desde 2006, oficiales retirados de las tres fuerzas y familiares y amigos de oficiales muertos durante la década del 70' que se agrupan tras la consigna «Memoria Completa» se reúnen, cada 5 de octubre al pie del monumento al General José de San Martín ubicado en la plaza porteña del mismo nombre, no sólo para «homenajear a los oficiales muertos en el copamiento del Regimiento de Infantería de Monte 29 en la provincia de Formosa por parte de la Organización Montoneros», sino también para conmemorar esa fecha como el «día nacional de las víctimas del terrorismo». Se trata de diversas agrupaciones que reúnen tanto a familiares de oficiales muertos, a civiles comprometidos con su recuerdo como a camaradas de armas, a saber: *Comisión de Homenaje Permanente a los Muertos por la Subversión, Asociación de Víctimas del Terrorismo en Argentina (ATV), Familiares y Amigos de Víctimas del Terrorismo (FAViTe), Argentinos por la Memoria Completa, Grupos de Amigos por la Verdad Histórica, Foro por la Verdad Histórica, Jóvenes por la Verdad, Verdad sin Rencor, Argentinos por la Pacificación Nacional (ARPANA), Asociación Unidad Argentina (AUNAR) y Unión de Promociones*. Del igual modo, a partir de abril de 2008, la *Asociación de Familiares y Amigos de Presos Políticos en Argentina (AFyAPPA)*, presidida por Cecilia Pando<sup>13</sup>, que se opone al enjuiciamiento a militares acusados por

---

<sup>13</sup> En marzo de 2005, Cecilia Pando, esposa del mayor Rafael Mercado, adquirió notoriedad

delitos de lesa humanidad, se manifiestan los primeros martes de cada mes para recordar a las «víctimas del terrorismo» en la Pirámide de Mayo.

Si bien la actividad de las asociaciones que levantan la consigna de «Memoria Completa» se acrecienta en busca de mayor visibilidad en el espacio público, después de la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, en una coyuntura política de reactivación de los juicios a militares acusados por violaciones a los Derechos Humanos, esto no se puede comprender sin la convergencia de otros factores. El vínculo intergeneracional a través del recuerdo de los oficiales muertos durante la década del 70' en lugar de los oficiales vivos, la renuencia de las autoridades de las fuerzas de darle entidad oficial a los «actos de homenaje» a los «muertos por la subversión» y el silencio o, incluso, la pasividad de los cuadros en actividad respecto del destino de los oficiales procesados —que en la década del 80' implicaron respuestas corporativas de parte de las fuerzas—, son los elementos novedosos que explican el cambio radical de comportamiento de un sector de la sociedad argentina que perdió los canales corporativos para gestionar sus demandas y que mostró tradicionalmente un marcado rechazo hacia la acción política en el espacio público.

### Bibliografía

- BADARÓ, Máximo, (2009<sup>a</sup>), *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- BADARÓ, Máximo, (2009b), «El Ejército Argentino y el lenguaje de la memoria». *Revista Telar*, Año VI, Nro. 7: 111- 126.
- BALZA, Martín, (2001), *Dejo constancia: memoria de un general argentino*. Buenos Aires: Planeta.
- BRIENZA, Lucía, (2009) «Relatos en pugna sobre el pasado reciente en Argentina: las visiones militares sobre los años setenta desde Alfonsín hasta el primer gobierno de Menem». *Revista Temáticas*, año 17, número 33/34: 71-104.
- CASTRO, Celso, (2009), «Em campo com os militares», en Celso Castro y Piero Lierner, compiladores, *Antropología dos militares. Reflexões sobre pesquisa de campo*. Rio de Janeiro: FCV Editora.
- CRENZEL, Emilio, (2008), *La Historia Política del Nunca Más. La memoria de los desaparecidos en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

---

pública por criticar al presidente Kirchner quien había desplazado al obispo Baseotto por sugerir arrojar al río atado de una soga al ministro de salud por estar a favor de la despenalización del aborto; por sostener que «los desaparecidos estaban todo vivos en España»; y por encabezar la defensa del comisario Patti cuando el Congreso de la Nación impedía que asumiera su cargo de diputado dadas las acusaciones de violaciones a los DD HH que pesaban sobre él. Su marido fue pasado a retiro debido al silencio aquiescente frente a su actuación como presidenta de AFyAPPA. (Brienza, 2010: 75)

- GIESEN, Bernhard, (2001), «Sobre héroes, víctimas y perpetradores. La construcción pública del mal y del bien común». *Revista Puentes*, N° 2: 16-23.
- JELIN, Elizabeth, (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- KOSELLECK, Reinhart, (1993), *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- LA CAPRA, Dominick, (1998), *History and Memory after Auschwitz*. Ithaca: Cornell University Press.
- LORENZ, Federico, (2005), «‘Recuerden, argentinos’: por una revisión de la *vulgata procesista*». *Entrepasados*, Año XIV, Número 28: 65-82.
- PALERMO, Vicente, (2004), «Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en Argentina», en Marcos Novaro y Vicente Palermo, compiladores, *La historia reciente*. Buenos Aires: Edhasa.
- SALVI, Valentina, (2010), «Entre el olvido y la victimización. Transformaciones en la narrativa sobre la reconciliación nacional», en *La sociedad argentina hoy frente a la construcción de la memoria social de los años '70*. Buenos Aires: EUDEBA.
- VERBITSKY, Horacio, (1987), *Veinte años de proclamas militares*. Buenos Aires: Editora/12.